

LOS toros, que son una consecuencia, una peculiaridad del carácter hispánico, como lo es, en cierta forma, el hispánico catolicismo o el quijotesco concepto del honor, siempre han sido deficientes y a veces disparatadamente interpretados por los viajeros y escritores que han pretendido hablar de ellos después de presenciar una corrida. De "antología del entusiasmo y el disparate" califica el escritor Mariano Tomás su libro *Los extranjeros en los toros* (1), en el que recoge buena parte de los pintorescos y graciosos textos publicados en el extranjero sobre la tradicional fiesta española.

Sin embargo, han sido y siguen siendo los toros uno de los más eficaces atractivos del pintoresquismo español sobre la imaginación de escritores, políticos, artistas y simples turistas extranjeros que se han decidido a transponer los Pirineos, siempre con el arraigado prejuicio de que en España habían de ver cosas extraordinarias. Quien entraba en España no podía salir de ella sin estar dispuesto a escribir o simplemente a contar en otras latitudes geográficas y espirituales unos cuantos disparates, casi siempre fantásticos, sobre los toros, los bandidos de Sierra Morena o las procesiones de Semana Santa.

Son los escritores del romanticismo los que llegan a España con más entusiasmo por la fiesta de los toros. Ello se debe, entre otras razones, a que a fines del siglo XVIII y principios del XIX es cuando los toros adquieren un carácter de espectáculo popular, que les da renombre incluso en el extranjero.

Cierto que ya en el siglo XV el barón de Rosmithal, que vino de Praga a la Península Ibérica, al pasar por Burgos camino de Portugal asiste en la ciudad castellana a "una fiesta de toros bravos, para la cual cogen dos o tres de una manada y los introducen sigilosamente en la ciudad, los encierran en las plazas y hombres a caballo los acosan y les clavan agujones para enfurecerlos y obligarlos a remeter a cualquiera objeto". Pero esto no son, propiamente toros en el sentido que la fiesta adquiere desde principios del siglo pasado, o sea cuando el toreo deja de ser una fiesta de Corte y se convierte en una profesión pintoresca y en un espectáculo popular y apasionante.

Una hoja anónima transcrita en el citado libro describe con barroco y superferolítico estilo las "reales fiestas de toros que se celebraron en la Plaza Mayor de Madrid en el mes de junio de 1681". Pero estas lidias de toros eran realizadas por "muy bizarros" caballeros de la nobleza, duques y sus caballerizos, que lucían su "destreza, pujanza, valor y cortesía".

De 1679 es la prolija descripción de una fiesta de toros en la Plaza Mayor de Madrid hecha por la escritora francesa María Catalina Jumel de Berneville, condesa de D'Aulnoy. Esta dama, después de extenderse en todos los detalles del encierro y demás preparativos de la corrida, la describe así:

"Los hombres que torear a pie arrojan a la bestia flechas y dardos muy agudos, revestidos con papel rizado, que se le clavan en la piel; y el toro, cuando siente la herida, se revuelve furioso. Forma su aliento una espesa nube a su alrededor, parece que arroja fuego por ojos y narices, y corre más velozmente que un caballo a galope tendido. Cuando pasa cerca de algún hombre a quien puede lastimar, los otros que están cerca le arrojan al toro un sombrero o una capa, y de este modo consiguen salvarle muchas veces; en otras ocasiones, el que se halla en peligro se extiende rápidamente en el suelo y el toro le pasa por encima. También se le presentan al toro peleles con cabeza de cartón y cuerpo de paja, y mientras se ceba el toro en este muñeco tienen tiempo de ponerse a salvo los hombres. También hay otra circunstancia que los protege: el toro suele cerrar los ojos cuando inclina la testuz para embestir, y no falta quien aprovecha tan fugaz instante para esquivar el golpe; pero esto no es muy seguro que salga siempre bien, y por esta razón son muchas las víctimas."

En otro lugar de su prolija crónica, la condesa y escritora agrega:

"Un joven toledano murió instantáneamente de una cornada y otros dos caballeros quedaron malheridos; también hubo cuatro caballos muertos. A pesar de esto, se dijo que la corrida no había sido muy buena porque no se había derramado bastante sangre, pues la fiesta no resulta lucida si los toros no matan al menos diez hombres."

Y unas páginas más adelante agrega la misma escritora:

"Estas fiestas son hermosas, interesantes y magníficas, pero cuestan mucho dinero tales espectáculos, extremadamente nobles. Pero confieso que todas estas cosas no acaban de gustarme, si razono que un hombre cuya vida nos interesa comete la temeridad de ir a exponerla contra un toro furioso, y que por nuestro amor solamente—el amor es de ordinario el principal motivo—cae maltrecho, ensangrentado y moribundo."

Sólo un año más tarde, la marquesa de Villars, madre del célebre Luis Héctor, mariscal duque de Villars y esposa del embajador de Luis XIV en Madrid, en la época de Carlos II, en una carta a sus amigas de París, entre las cuales figuraba la marquesa de Sévigné, decía de un corrida de toros celebrada en Madrid en 1680:

"Ayer tuvo lugar en Madrid la más célebre fiesta de toros. Yo pensé morir durante la primera hora; morir es acaso un poco exagerado; pero tuve tal emoción y tan violento latir del corazón, que no creía poder resistir aquello. Esta fiesta resultó de una terrible belleza. La bravura de los toreros fué grande. Es algo que merecería que os contara más en detalle; pero si yo fuera rey de España no se volvería a ver uno de estos festejos."

He aquí un extranjero, el inglés Mr. Clarke, teólogo, aficionado a las antigüedades y capellán del embajador inglés conde de Bristol, que presenció una corrida de toros en la Plaza Mayor de Madrid en tiempos de Carlos III, y dice textualmente, después de hacer una curiosa descripción de la fiesta:

"Este espectáculo es, ciertamente, uno de los más hermosos del mundo, si se considera como un regalo de la vista o como un esfuerzo de la valentía e infinita agilidad de los ejecutantes. Los españoles son tan aficionados a esto, que, incluso las mujeres, empeñan sus últimos trapos para verlo. No niego que esto ha de ser un residuo de la barbarie morisca, o quizá romana, y que no resistiría a la más breve especulación filosófica o a los sentimientos compasivos de un tierno corazón. Pero, con todo, nunca debemos analizar escrupulosamente, por temor a embotar la viril fortaleza en sentimientos de una blanda filosofía."

¡Bien por el mister teólogo y anticuario!

El diplomático y publicista francés barón de Bourgoing, que residió algún tiempo en Madrid hacia fines del siglo XVIII y presenció las corridas famosas de la competencia entre Costillares y Pedro Romero, dedica un capítulo de su libro sobre España a los combates de toros. Por cierto que tiene especial interés, ya que es de los primeros en describir el toreo moderno, es decir, el realizado por profesionales. Describe las suertes de picadores, banderilleros y demás, y cuando llega la hora de matar al toro, dice:

"Cuando el vigor del toro está casi agotado; cuando su sangre, que se escapa por veinte heridas, se desliza a lo largo de su cuello y humedece sus robustos músculos, y cuando la impaciencia del pueblo desea ya otra víctima, el presidente de la fiesta da la señal de muerte, que es anunciada por el sonar de los clarines. El matador se adelanta y reina solo en la arena; en una mano tiene una larga espada; en la otra, una especie de bandera, que hace flotar delante de su adversario. Durante unos instantes, y repetidamente, la agilidad del torero engaña la impetuosidad del toro, y el suspenso placer de los espectadores se hace más vivo. En otras ocasiones el toro sigue inmóvil, escarba en la arena con el pie y parece meditar su venganza. El toro en esta posición y el matador, que calcula sus movimientos y que adivina sus propósitos, forman un cuadro que un pincel hábil no debiera des-



LA FIESTA ESPAÑOLA DE LOS TOROS VISTA POR LOS EXTRANJEROS



(1) Mariano Tomás: *Los extranjeros en los toros*.—Editorial Juventud, Barcelona, 1947.

MILAGROS DE LA CULTURA

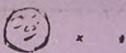
Por MARTINEZ DE LEON



I
"Briján" era el becerrillo más gracioso y retozón de las marismas del Guadalquivir.



II
Y un día, entre los días, se topó con el hallazgo maravilloso de una Tauromaquia olvidada por unos torerosillos.



III
¡Cómo le apasionó el tema y qué ansia de saber se le despertó! ¡Cómo pasaba los días y las noches embobado en la lectura!



IV
Tanto que, ya toro hecho y derecho, seguía con tesón el estudio, hasta saberse de memoria el menor secreto de la lidia.



V
Y, queriendo repartir el beneficio de su cultura, puso una Escuela de Tauromaquia, de donde salieron discípulos tan aventajados que acabaron con la fiesta de toros.



VI
Cuando "Briján" murió de viejo, un gran mausoleo fue levantado en su honor en la marisma, adonde iban las sociedades deportivas, agradecidas, a llevarle coronas. Desde entonces viene el dicho "sabes más que Briján".

deñar. El silencio de la asamblea respeta esta escena muda. El matador da, por fin, el golpe final, y si el animal cae al instante, mil millares de gritos celebran su triunfo."

Hacia 1801, Luciano Bonaparte, hermano de Napoleón y embajador en Madrid, escribe sus cartas, recogidas por su biógrafo François Pietri en su libro *Un caballero en El Escorial*; también habla de las fiestas de toros celebradas en la Plaza Mayor, a las que asistió, en compañía de los soberanos, desde un balcón de la Casa de la Panadería. "Hubiera sido muy extraño—dice—que a un bebedor de agua le agradaran tales espectáculos." Y unas líneas más abajo recoge Pietri unas frases de la misma carta en que el embajador asegura, refiriéndose a la corrida: "¡Con una vez os bastará para curaros de ello!"

En el mismo libro se recoge la descripción que la reina María Luisa hace a su privado Godoy de la muerte de *Pepe-Hillo* en la plaza de Badajoz: "Quedó muerto de una sola cornada, allí mismo, sin que la unción llegase a tiempo. En el momento de estar asestando con la espada en el toro, le pilló, le levantó el hueso esternón, que es el del pecho, le partió el estómago, le subió arriba el hígado, le cortó por el medio el intestino colon y le rompió por un lado cuatro costillas y por otro seis, y dejó toda su sangre en la plaza; y yo, amigo Manúel, que no gusto mucho de los toros, ¡qué será ahora!"

Esto motivó la suspensión de las corridas por varios años. En una nota del mismo libro se lee lo siguiente: "Nelson, cuya dureza era proverbial, y que no dudaba en colgar de una verga a un marinero indisciplinado, escribía a la salida de una corrida en Cádiz: *Creí que me ponía enfermo. He visto esto una vez y he jurado no volver a verlo*".

Por su parte, Alejandro Laborde, arqueólogo notable, hijo de un banquero español guillotinado en París en 1794, dice en su libro *Itinerario descriptivo de España*:

"Las corridas de toros son el verdadero espectáculo de esta nación. El gusto de los españoles por tal género de diversiones va hasta la pasión más desenfrenada; lo dejan todo, lo sacrifican todo para procurárselo; excita en ellos la alegría más marcada y el entusiasmo más vivo. Este espectáculo no es solamente cruel, sino aburrido. Es una sucesión de escenas cuya uniformidad destruye el interés. Divierte en un principio a cualquier extranjero, pero el placer cede pronto a un movimiento de compasión, por los caballos sobre todo, pues no tienen ninguna defensa."

Por su parte, el belga barón de Taylor, que en 1835 publica su libro *Viaje pintoresco por España y Portugal*, dice:

"Al salir de Madrid por la Puerta de Alcalá se advierte a la izquierda un monumento de forma circular y de gran anchura, alto de dos pisos y pintado de rojo: es la plaza donde tienen lugar las corridas de toros, espectáculo esencialmente nacional y diversión favorita de los españoles."

Más adelante, y después de describir minuciosamente una corrida, dice: "Ningún espectáculo en el mundo puede dar idea de la animación de éste; todo el público toma parte en la acción, sea con la voz o con el gesto: mil gritos confusos se elevan en el aire, bien para enardecer a los toreros y animarlos, o bien para censurarlos; pero cuando un golpe afortunado, uno de esos golpes que hacen época en los anales de la tauromaquia, ha sido dado, es un verdadero triunfo para el torero: los aplausos más ruidosos estallan por todas partes, se agitan los pañuelos, y el dichoso vencedor da la vuelta a la plaza recibiendo a su paso los testimonios del más vivo entusiasmo."

Y llegamos a D. Próspero Merimée, el que iba a ser autor de *Carmen*, esa españolada que aireó por el mundo nuestras virtudes y nuestros defectos. En 1830, es decir, en pleno sarampión romántico, cuenta y no acaba D. Próspero, en sus interminables cartas a *La Revista de París*, detalles y más detalles de las corridas de toros y de la vida taurina, que conocía muy bien. Y después de esto y de hacer la apología de diversos toreros de la época, transcribe con fruición las famosas palabras de *Pepe-Hillo*:

"La afición a los toros es innata en el hombre, especialmente en el español, en cuyo glorioso pueblo siempre se han celebrado corridas desde que hubo toros, porque los españoles son más valientes que los demás hombres, lo mismo que sus toros son más bravos que los demás toros." ¡Olé por D. Próspero!

Hacia 1840 vino a España el gran romántico, poeta y novelista francés D. Teófilo Gautier, y también escribió su *Viaje en España, tras los montes*. En uno de los capítulos de su obra dice D. Teófilo lo siguiente:

"Se ha dicho y repetido en todas partes que el gusto por las corridas de toros se va perdiendo en España y que la civilización las haría desaparecer bien pronto; si la civilización hace eso, tanto peor para ella, pues una corrida de toros es uno de los espectáculos más hermosos que haya podido imaginar el hombre. Pero ese día no ha llegado aún, y los escritores sensibles, que afirman lo contrario, no tienen más que asomarse un lunes, entre las cuatro y las cinco, a la Puerta de Alcalá, para convencerse de que el gusto por esta diversión no está tan próximo a perderse."

¡Otro olé por D. Teófilo!
También monsieur Alejandro Dumas tiene la suerte de presenciar en Madrid tres faenas taurinas, en que actuaban de espadas los famosos *Cúchar*es, Lucas Blanco y Pedro Romero. En sus cartas desde Madrid a una dama parisiense describe muy por menudo y con una gran simpatía, auxiliado por sus recursos de gran escritor, las faenas que ha presenciado. De una faena de capa dice Dumas lo siguiente:

"Yo quisiera explicaros, señora, lo que es capear un toro; pero es una cosa muy difícil de hacer comprender a quien no lo haya visto. Imaginaos, señora, un hombre sin otras armas que una capa de tela jugando con un animal furioso, haciéndole pasar a su derecha, haciéndole pasar a su izquierda, y todo esto sin mover un pie del suelo y viendo a cada pasada del toro cómo el cuerno roza los alamares de plata de su chaleco. No se puede concebir que esto sea natural, y se ha de creer en un encanto, en un amuleto, en un talismán."

Y de la suerte de matar a uno de sus toros el intrépido *Cúchar*es dice el autor de *Los tres mosqueteros*:

"Todo el mundo se apartó. El hombre y el animal se encontraron enfrente el uno del otro. El hombre tenía su pequeña espada fina, larga y afilada como una aguja. El animal tenía su fuerza incommensurable, sus cuernos terribles y sus patas, más rápidas que las del más rápido caballo. El hombre era bien poquita cosa, en verdad, delante de semejante monstruo. Únicamente el rayo de la inteligencia resplandecía en la mirada del hombre, mientras que el fuego de la ferocidad brillaba en la mirada del toro. Era evidente que toda la ventaja estaba a favor del toro, y en esta lucha, sin embargo, desigual, era el fuerte el que debía sucumbir y era el débil quien debía de vencer."

Durante el reinado de Amadeo de Saboya estuvo en España el escritor italiano Edmundo de Amicis, popular por su libro infantil titulado *Corazón*. Después de decir que "la inauguración de las corridas en Madrid tiene más importancia que un cambio ministerial", describe así una faena de *Frascuolo*:

"Sonó otra vez la trompa; los banderilleros habían acabado su trabajo; ahora era el turno del espada; este es el momento solemne, la crisis del drama; la multitud se aquietaba. Las señoras se asoman fuera de los palcos, el Rey se pone en pie. El célebre *Frascuolo*, trayendo en una mano la espada y la muleta, que es un pedazo de tela roja atada a un bastoncito, entra en la arena, se presenta delante del palco real y consagra al Rey, pronunciando una poética frase, el toro que va a matar; después lanza el sombrerito al aire, como para decir: ¡Venceré o moriré! Y seguido del espléndido cortejo de los capeadores avanza con paso resuelto hacia el toro. Aquí se sigue una verdadera lucha cuerpo a cuerpo, digna de un canto de *Homero*."

Cuando a la mañana siguiente de la corrida la patrona de su pensión le pregunta: "¿Se ha divertido? ¿Volverá?" Edmundo de Amicis le responde: "No sé. Me parece que he soñado; ya le hablaré después; tengo necesidad de pensar."

Al día siguiente sale a la calle y vacila; no sabe si quiere ir o no a los toros. Pero cuando en la calle de Alcalá un chiquillo le dice: "Un asiento de sombra, tendido número seis, barrera, quince reales", el escritor no se puede resistir y no dice más que esta palabra en castellano: "¡Venga!"